

Quellojaja

Al anochecer, en esa calle de Abancay, abordé un camión que me llevaría al Cuzco. Sería un magnífico ascenso a la puna desde ese hoyo profundo y cálido, a la luz de la luna. Un viaje excitante, a pesar de que el vehículo era viejo y llevaba una pesada carga de cemento, que haría aún más lenta su marcha. ¿Qué más daba?

Subí, pues, a la cabina, luego de un regateo en torno al valor del pasaje. “Bueno, me harás compañía”, dijo el chofer, pensando sin duda que como no tenía un “chulillo” yo podría desempeñarme como tal en caso de necesidad. Era ya noche cerrada cuando emprendimos el viaje. Nos pusimos a conversar, mientras el motor roncaba en la empinada cuesta y por la ventanilla abierta entraba el aire frío. Yo con curiosidad, y mi compañero con un desapego cordial y vagamente divertido. Se trataba de un hombre joven, parsimonioso, de cara afilada y ojos perspicaces, que se reía de sus ocurrencias con una risa callada pero agradable. “Así que eres estudiante...”, comentó, y quiso saber los motivos de mi peregrinaje. Le informé que era de Jauja, que estudiaba en la Universidad de San Marcos, y que desde hacía tiempo había soñado con conocer el Cuzco. Le pregunté, a mi vez, cómo se llamaba y de dónde era. “Me llamo Fabián y soy de Maranganí, tierra de hombres machos y valientes”, respondió con orgullo. ¿Quién iba a ponerlo en duda?

Subíamos con lentitud. Y por eso, y por la hora, el cansancio y el calorcillo de la máquina, sentí sueño. Y estaba por quedarme dormido cuando alcancé a ver dos cruces a la orilla del abismo. “Aquí murieron dos”, dijo con voz neutra el conductor. Más adelante volvió a decir: “Aquí fueron cuatro”. Y más allá: “En este sitio finaron tres”. No había mayor emoción en sus palabras, sólo una tranquila voluntad informativa. “Pero, ¿qué les pasó?”, pregunté. “Seguro que el chofer se durmió”, contestó. Por supuesto que allí nomás se me fueron las ganas de hacerlo, y puse toda mi atención en la vía y en el piloto, decidido a dar un grito si le notaba el menor cabeceo. Me esforcé, también, en mantener la conversación. Pero otra vez prevaleció el cansancio así que, al cabo de un rato y confiando en los dioses, me abrigué bien con la bufanda y traté de dormir, pero sólo con un ojo, ya que no podía olvidar las cruces ni los espantables barrancos que bordeábamos.

Fue un descanso sobresaltado. En algún momento vi unas luces mortecinas, que resultaron ser las de Curahuasi. En otros vi también laderas en sombra, peñascos impresionantes, nubes irisadas por la claridad de la luna. Nos acompañaba el rumor del motor, al que la fuerte pendiente y el *rúster* imprimían un tono extrañamente agudo. Y otra vez volvía a ver, entre cabeceos, el perfil aguileño del camionero y, más allá, recodos abruptos y pampas de ichu. Y también, lejanísima, una cumbre nevada. ¿Sería el Salcantay?

Era de madrugada cuando me despertó el repentino silencio de la máquina. Nos habíamos detenido en una quebrada estrecha y mi compañero había descendido a inspeccionar la vía, allá adelante, a la luz de los faros. Me alarmé. ¿Sería un huaico? No, no era posible, porque no era época de lluvias. El chofer retornó, y dijo: “Creo que pasaremos”. “¿Qué sucede?”. “Son unas piedras que caen”. “¿Cómo?”. Se acomodó en el asiento y dijo: “Sí, piedras, porque este sitio es Quellojaja, y aquí muchas veces caen piedras por la noche”. Perplejo, no insistí, pero miré con aprensión su expresión cautelosa, bajo la espectral claridad de la lamparilla que alumbraba la cabina. Encendió de nuevo el contacto y nos pusimos en marcha.

Avanzábamos con dificultad por una especie de trocha cuando, de repente, se oyó un rumor sordo. El chofer plantó el pie en el freno. Pasaron unos instantes y luego, a unos treinta metros de nosotros, cayó con gran estruendo una lluvia de pedruscos. Me quedé paralizado. ¿Se iría a desplomar todo el cerro? No, no sería así, porque mi compañero no manifestó señales de pánico, pero sí dio marcha atrás de inmediato. Me pareció que la maniobra duraba una eternidad. Alcanzamos por fin una curva tan angosta que no podríamos retroceder más. “Bueno, aquí estaremos bien”, dijo. Y apagó el encendido y se secó la frente.

Me contó entonces con más detalle que allí caían por las noches, durante la estación seca, piedras de un derrumbadero. Sólo de noche, por causa de los vientos que soplaban a esas horas. El paraje se llamaba Quellojaja, y era conocido por todos los que transitaban por esa carretera. Me convidó un cigarrillo y, aunque yo no fumaba, acepté, nervioso. “¿Has pasado muchas veces por aquí?”, le pregunté. “Sí, pero por lo general de día.” Y me habló después de las rutas del departamento del Cuzco, de las que cruzaban el Collao, de las que bajaban por las quebradas que dan a la selva. No había jactancia en su voz, sólo esa morosa evocación de sus inacabables recorridos. Dijo, en fin, a modo de conclusión: “¿Sabes? Los caminos nos enseñan cosas que no están en los libros...”.

Y hubiera continuado la plática, pero oyó algo y, alerta, dijo: “Hay que estar atentos”. Así lo hicimos. Yo no escuchaba nada especial, pero sin duda empezaba otro derrumbe. Y en efecto, a los pocos instantes se abatió otro alud, pero esta vez a nuestra retaguardia. “¡Vaya, antes no caían por allí!”, dijo el chofer, tratando de mantener la calma, y añadió: “Será mejor bajarnos”. “¿Por qué? ¿Estamos en peligro?”. “No son piedras muy grandes”, dijo, “pero sí suficientes para hacer polvo los vidrios y en el peor de los casos sepultarnos”. Y sin más tomó dos frazadas que había tras el asiento, y descendió, y yo tras él. “¿Acaso piensas dormir?”, le pregunté asombrado. “¿Y por qué no?”. “Pero, ¿y esos montones de piedras?”. “Si me va a agarrar la muerte”, dijo, “que sea mejor tranquilo y descansado”. Y sin más acomodó su manta a un costado, debajo del chasis, y se extendió cuan largo era.

Yo no pude imitarlo, y me dispuse a velar, sentado junto a una de las ruedas, por el resto de la noche. Una paca-paca cantaba en la cañada. Al cabo de una media hora cayeron dos nuevos derrumbes, uno tras otro, un tanto lejos. Y poco después, esta vez sobre nosotros, una pequeña nube de guijarros. No intenté escapar. Una obscura confianza me retenía junto a aquel hombre, que ni aun entonces se incorporó. Y no lo hizo tampoco cuando una piedra golpeó, con vibrante impacto, en el parachoques. ¿Dormía? ¿Descansaba solamente? No lo sé, ni quise llamarlo. Ya comenzaba a clarear, y en algún momento me quedé dormido.

Cuando desperté, ya había salido el sol. El chofer estaba de pie, junto a mí. “¿No ves? No nos ha pasado nada”, dijo, y sonrió. Mas no había ni sombra de burla en sus ojos, sino más bien algo semejante a una fraterna aunque divertida solicitud. Me levanté. Había unos cinco vehículos que habían llegado al paraje mientras dormíamos, y se alineaban detrás de nuestro camión. Fuimos a dar el encuentro al *caterpillar* que, procedente de un paraje cercano, venía a limpiar, como todas las mañanas, el material que se había acumulado en la vía.

Partimos después de una hora. Pronto cruzamos el río Vilcanota, y entramos en el valle de Limatambo. Una cima dominaba ese paisaje luminoso y de colores radiantes. Mas yo no podía abstraerme en su contemplación, pues mi mente volvía una y otra vez a las horas en Quellojaja, al lado de ese chofer impertérrito. Pensaba en su serenidad, en el peligro que habíamos corrido, en lo caprichoso de la suerte. Y supe que, de algún modo, en esa noche, había dejado un poco más atrás mi adolescencia.